

Domingo 5º (C): UN MANDAMIENTO NUEVO PARA UN MUNDO NUEVO

I. Felipe Fernández Caballero

TEMA GENERAL

El Reino de Dios está ya entre nosotros, esperando la acción de nuestra fe creadora. El primer signo e instrumento de ese mundo nuevo será la puesta en práctica del mandamiento nuevo, un amor eficaz que enjuga las lágrimas y triunfa sobre la muerte.

LECTURAS

1. “Contaron a la Iglesia lo que Dios había hecho por medio de ellos”

Hch 14, 21b-27

El regreso de Pablo y Bernabé a Derbe es el punto final de la misión entre los gentiles. A su regreso visitan las comunidades recién fundadas y exhortan a sus miembros a permanecer en la fe. Esperan de ellos un esfuerzo de fidelidad para mantener viva la nueva relación que, al aceptar el Evangelio, anudaron con el Señor Resucitado.

Al término del viaje aparece de nuevo el tema de la persecución, una realidad que acompaña la predicación del mensaje evangélico a lo largo de este libro; pero se mencionan también otros rasgos: la consolación (14, 22a), el apoyo mutuo (14, 23b) y la oración(14, 23,c), típicos de la vida de estos primeros cristianos.

En este sumario se muestra también el modo de actuar de los evangelizadores: designar presbíteros o ancianos para la organización incipiente de la comunidad, lo que no se hace sin contar con la gracia de Dios: “oraban, ayunaban y los encomendaban al Señor”.

En Antioquía, de donde los habían enviado, la comunidad se reúne para escuchar a Pablo y Bernabé. Dios ha actuado: suya fue la iniciativa de abrir a los gentiles “la puerta de la fe”. Con esta expresión, empleada por San Pablo en sus cartas para significar el campo de trabajo que Dios reservaba a los predicadores del evangelio, se indica aquí la gracia que Dios concedió a los paganos de poder recibir la fe cristiana.

La misión evangelizadora no ha sido, por tanto, una obra puramente humana, ni el envío se realizó por iniciativa de la iglesia de Antioquía, sino del mismo Espíritu que les fue acompañando y guiando

2. “Ahora hago el universo nuevo”

Ap 21,1-5a

La aparición de la ciudad santa, la nueva Jerusalén, se presenta como la culminación del libro del Apocalipsis. Es la aspiración, por ello, de toda la aventura humana, de la historia de la salvación.

Esa aparición ocupa el centro del relato. Se dice que viene de junto a Dios, su origen es divino; por eso es santa e inédita: se presenta como absoluta creación de la gracia de Dios.

Esta aparición nueva instaura, consecuentemente, un nuevo orden de cosas y exige que todo lo viejo sea transformado. Con reclamos de los profetas, Juan declara que lo antiguo ha envejecido y ya no sirve (Is 65,17; 66,22). El mar, símbolo de potencias hostiles, desaparecerá. Lo que era plataforma y escenario público de la conducta pecadora del hombre, el cielo y la tierra, deben ser cambiados; se va a representar no el viejo drama, sino unas bodas entre Cristo y la Iglesia. Las relaciones humanas serán nuevas. Y Dios mismo, empezará a secar las lágrimas de dolor, y no habrá más muerte, ni trabajo que oprime, porque eso pertenece al orden antiguo. La palabra de las profecías se cumple (Is 25,8; 35,10; 65,19; Ap 7,16).

La presencia de la nueva Jerusalén, regalo gratuito de Dios, colma las aspiraciones de las mejores páginas de la Biblia. Se realiza la unión, ya inescindible, de Dios con la humanidad transformada. Se cumple lo que ansiaba la humanidad, y que de tantas formas ha expresado la Biblia. Se materializa la aspiración del mismo Dios por plantar, de una vez por todas, una tienda permanente (Ez 48,35; Zac 14,16): la morada de Dios con la humanidad, la presencia estable de Dios entre los hombres, Dios con nosotros (Zac 8,8), la revelación de Dios como padre y del pueblo como hijo, Dios, padre de todos. Se realiza así por fin el ideal de la alianza (Jr 31,33-38; Ez 37,27). Lo que de otras maneras, ha dicho el Nuevo Testamento (Mt 18,20; Jn 14,23) ha sido, finalmente, recogido por el Apocalipsis, y aquí genialmente sintetizado.

Evangelio: “La señal por la que conocerán que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros”

Jn 13, 31-33a.34-35

El Jesús de Juan interpreta su muerte y su resurrección venideras como partida y regreso. Le corresponde irse él solo ahora, nadie puede acompañarle (13,33), ya que está haciendo su camino hacia el Padre; por su marcha, se hace camino y meta hacia Dios, pues ambos son una misma cosa. Esta revelación exige fe, sólo la puede aceptar quien acepta obedecer su mensaje: entonces el creyente tendrá la misma comunión de vida que comparten el Padre y el Hijo.

Tras la salida del traidor, la atmósfera cambia sensiblemente: la revelación de Jesús va a ser total y la intimidad con los suyos insuperable. Jesús inicia su despedida declarando llegada la hora, en el momento presente, de la glorificación del Hijo del hombre (13,31). Este es el último empleo del título “hijo del Hombre” en el cuarto evangelio. La primera autorrevelación del Jesús en este evangelio fue una sentencia sobre el hijo del hombre como lugar de Dios entre los hombres (1,51), precisamente dirigido a sus discípulos primeros. Aquí el título no tiene alcance apocalíptico; Jesús sabe que es la hora de su gloria porque acaba de iniciar el camino de su pasión y muerte con la separación de Judas del grupo y su incitación a llevar a efecto sus intenciones (13,27.31).

Por ella Dios ha sido glorificado y en ella Dios glorificará al Hijo del Hombre muy pronto. El proceso de glorificación de Dios y del Hijo es visto como un suceso complejo que abarca pasado, presente y futuro. La muerte de Jesús es un acontecimiento que excede su singularidad histórica, lo mismo que su carácter trágico: la gloria de Dios, esa propiedad que lo define y que se manifiesta en su obrar, ha quedado desvelada para siempre en la muerte de Jesús.

Pero la glorificación de Jesús comporta para la comunidad cristiana su ausencia.

Jesús introduce el tema con un término particularmente afectuoso y único en el evangelio: “hijitos, ya poco tiempo estoy con vosotros” (13,33a). La muerte vista como marcha, es un acto deliberado de Jesús, que sabe adónde va, adónde vuelve. Da por descontada la filiación divina a quienes, frágiles e incapaces de comprender, anuncia la próxima separación; ellos no podrán evitar la partida de Jesús, pero tampoco podrán dudar del querer divino que la ha generado. El creyente va a tener que buscarle sin éxito; pero, a diferencia de los judíos, hijos del diablo, su separación de él no será definitiva (13,33b).

Pero no va a ser la desesperanza o la nostalgia lo que predomine entre ellos, tendrán una nuevo quehacer: el amor mutuo (13,34). Jesús deja a los suyos, pero los deja atareados, con un precepto *nuevo* que cumplir: mientras él no esté, tendrán que amarse. Este mandamiento *reciente* existía ya tanto en el AT (Lv 19,18), como en la tradición sinóptica (Mt 5,44; Lc 6,27). Juan añade dos precisiones importantes: por un lado, el amor que caracterizará la comunidad cristiana (Rom 12,10; 1 Tes 4,9-10; Heb 13,1; 1 Pe 1,22;3,8; 2 Pe 1,7) ha de extenderse sólo a los que comparten la fe común, es amor entre creyentes hermanados por la fe; por otro lado, este amor recíproco, entre iguales, está motivado en el amor con el que Jesús los ha distinguido: el amor de Jesús es fuente y fundamento del amor entre hermanos: el ejemplo de Jesús es normativo para los suyos (15,12-14).

De esta forma, el mandato es gracia: os *doy un mandamiento* (15,12: *mi mandamiento*); los discípulos han sido objeto del amor de Dios antes de ser sujetos del amor al hermano. El amor fraternal como quehacer cristiano nace, y es de obligado cumplimiento, por haberse uno conocido amado por Dios en Cristo; el mandamiento es don en cuanto revelación gratuita del amor divino. Como el Padre amó al Hijo y éste obedeció haciendo su obra, Cristo, que amó a los suyos hasta el final, cumpliendo la voluntad del Padre, puede exigirles obediencia. Y el contenido de esa obediencia no puede ser más que lo que provocó el man dato: el amor. De esta forma, en la ausencia de Jesús, la comunidad tiene la tarea de recordar al mundo su triunfo y de presentarse ante él como la epifanía del amor de Dios.

HOMILÍA

1. Todo tiempo, si lo vivimos con plenitud, es nuevo cada día. Encierra posibilidades insospechadas de maduración personal, de servicio a los demás y de glorificación de Dios.

“*El que está sentado en el trono*” nos ha dicho hoy: «*Todo lo hago nuevo*». Los discípulos del Resucitado tenemos que amar nuestro tiempo. No podemos evadirnos de la tarea de su renovación evangélica, so pretexto de que es un tiempo difícil, lleno de inseguridad y de riesgos. Hemos de ser fieles a Jesucristo aquí y ahora.

La resurrección de Jesús ha introducido ya en el mundo –también en el nuestro– una triple novedad: *la del evangelio*, capaz de derribar muros que separan y de abrir a todos, también a los paganos, las puertas de la fe; *la del mandamiento nuevo* que, al destruir las raíces más hondas y ocultas del odio, ha situado la convivencia universal bajo el signo del amor; y la promesa de *unos cielos nuevos y una tierra nueva* para una humanidad renovada. A partir de Cristo resucitado, la existencia cristiana no puede estar caracterizada por el pesimismo, el miedo o la tristeza, sino por la alegría. No se trata de ser individualmente alegres sino, además, de crear comunidades que vivan e irradiien el

gozo pascual, fruto primero de la presencia del Espíritu en nuestros corazones. “*El fruto del Espíritu Santo es amor, alegría y paz*”, dice Pablo a la comunidad de Galacia.

2. El libro de los Hechos nos presenta hoy a la Iglesia primitiva en el ejercicio responsable de su tarea evangelizadora. Pablo y Bernabé crean y organizan comunidades en el mundo pagano y ponen al frente de ellas presbíteros que animen y estimulen la acción apostólica de las mismas. Los designan después de haber ayunado y orado, y encomiendan a todos al Señor. Al volver a Antioquía una vez cumplida su misión, Pablo y Bernabé “reunieron a la comunidad que les había enviado y “les contaron lo que Dios había hecho por medio de ellos”. No alardean de sus éxitos personales. Son conscientes de que sólo de las manos del Creador del mundo y del hombre puede nacer una nueva humanidad para unos cielos nuevos y una tierra nueva.

3. Juan, anticipándose al final de los tiempos, ve descender del cielo “*la ciudad santa, la nueva Jerusalén enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo*”. La nueva alianza de Dios con los hombres, sellada con la sangre de Cristo alcanzará entonces su consumación definitiva. Dios acampará entre ellos y ellos serán su pueblo.

Esta grandiosa visión no es un sueño fantástico cuyas imágenes se desvanecen al despertar. Es una promesa de futuro cuyo cumplimiento nosotros podemos adelantar. Todavía “*hemos de pasar mucho para entrar en Reino de Dios*”. Pero, el amor fraternal lo hace ya todo nuevo. “*Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado*”. El amor mutuo no es sólo el compendio de la nueva ley sino, sobre todo, el distintivo del nuevo pueblo de Dios. El amor fraternal abre a nuestra vida cristiana, alimentada por la Eucaristía, la perspectiva del mundo nuevo, del nuevo cielo y de la tierra nueva”.

II: Guía para la lectura y predicación del CEC /SEC)

LA FE DE LA IGLESIA

«Cuando por fin Cristo es glorificado (Jn 7, 39), puede a su vez, de junto al Padre, enviar el Espíritu a los que creen en El: les comunica su Gloria, es decir, el Espíritu Santo que lo glorifica. La misión conjunta se desplegará desde entonces en los hijos adoptados por el Padre en el Cuerpo de su Hijo:

la misión del Espíritu de adopción será unirlos a Cristo y hacerles vivir en El» (690).

Jesús hace de la caridad el mandamiento nuevo. Amando a los tuyos «hasta el fin» (Jn 13, 1), manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amándose unos a otros, los discípulos imitan el amor de Jesús que reciben también en ellos. Por eso Jesús dice: «Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros: permaneced en mi amor» (Jn 15, 9). Y también : «Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 15, 12) (1823).

TESTIMONIO CRISTIANO

«La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados en él reposamos» (S. Agustín) 1829).

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

I.

A. Apunte bíblico-litúrgico

Al Domingo del Buen Pastor suceden dos Domingos del Sermón de la Cena o de las consignas de Jesús para el tiempo de la Iglesia. La Cruz y la Gloria, mejor la Gloria de la Cruz o la Cruz gloriosa, se aúnan en el Misterio pascual, ley de Vida de Jesús y de sus seguidores.

La unidad del Padre y del Hijo, «somos Uno» (Jn 10, 30), se manifiesta una vez más en que la glorificación del Hijo es también glorificación del Padre. Se alude primero a la glorificación pascual en este mundo, en la pasión y resurrección, y, después de la Ascensión, en el seno del Padre.

La «novedad» del mandamiento nuevo estriba en que es un mandato estipulado en la «nueva» alianza. Y ésta se caracteriza por la comunicación profunda e íntima de Dios a su «nuevo» pueblo, «escribiré mi Ley en vuestros corazones» (cf Jr 31, 33).

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La «gloria» del Resucitado: 645-647; 663; 668.

La Alianza Nueva y el Mandamiento Nuevo: 733-736; 1822-1832.

La respuesta:

La adhesión a Jesucristo resucitado y la «evangelización»: 422-429.

La práctica del mandamiento nuevo: 1824-1829; 2197-2199; 2212.

C. Otras sugerencias

I.

Para evangelizar es necesario buscar la «ganancia sublime que es el conocimiento de Cristo» [y] «aceptar perder todas las cosas... para ganar a Cristo y ser hallado en él» (428).

El amor cristiano nace del Amor del Padre a los hombres comunicado a su Hijo y de éste a sus hermanos, «en el Espíritu Santo». Es trinitario y se llama caridad. Es fruto de la gracia, no es simple filantropía, aun cuando ésta puede prepararle el camino.

Sagrada Congregación para el Clero

NEXO entre las LECTURAS

La Iglesia nace de la Pascua. En este domingo los textos litúrgicos pueden concentrarse en torno al tema de la Iglesia. Ante todo, en el evangelio se nos ofrece la caridad como sustancia de la Iglesia: "En eso conocerán que sois mis discípulos". Esta Iglesia, amor y comunión, se realiza históricamente en las pequeñas comunidades de los orígenes cristianos, por ejemplo, en las comunidades fundadas por Pablo y Bernabé durante su primer viaje misionero (primera lectura). Esta Iglesia histórica es reflejo, a la vez que impulso, hacia la Iglesia eterna, morada definitiva y sin término de Dios entre los hombres (segunda lectura).

MENSAJE DOCTRINAL

La caridad, sustancia de la Iglesia.

El evangelio es muy claro: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn 13,35). Al decir discípulos no se refiere a cada uno individualmente, sino en cuanto comunidad de los que siguen a Jesús y sus enseñanzas, es decir, en cuanto Iglesia. Jesús, en esta hora suprema en que nos deja su testamento antes de morir, nos dice: "Conocerán que sois mis discípulos, si vivís pobres o si sois obedientes, si habéis aprendido bien todas mis enseñanzas o si sois capaces de predicar mi evangelio". Son todas cosas necesarias, pero no coinciden con la sustancia, con la quinta esencia de la Iglesia. Ésta es solamente la caridad. Por eso, podría definirse a la Iglesia como "la comunidad de los que se aman, como Cristo los ha amado". Cristo nos ha amado hasta dar su vida para que nosotros tengamos vida. Cristo nos ha amado hasta hacernos partícipes del mismo amor que existe entre el Padre y el Hijo. Cristo nos ha amado hasta hacerse esclavo para lavar los pies a los suyos, para que conociésemos bien que el amor, la autoridad entre sus discípulos, es fundamentalmente el servicio. Si por encima de la caridad, o peor todavía, al margen de ella, se ponen otros valores en la vida diaria de la Iglesia, habrá que concluir que no estamos tocando el corazón de la Iglesia.

Una Iglesia en la historia.

Después de Pentecostés los discípulos comenzaron a fundar las primeras comunidades cristianas en Jerusalén, la Iglesia-Madre, en Samaria, en las ciudades de la costa mediterránea de Palestina, en Damasco, Antioquía... y con Pablo y Bernabé en la zona meridional de la provincia romana de Asia (actual Turquía). La Iglesia-Caridad comienza a encarnarse en pequeñas comunidades de hombres y mujeres, judíos y gentiles, de razas y costumbres diversas, pero unidos por la fe y el amor a Jesucristo. Esta encarnación histórica de la Iglesia-Caridad comporta ciertos requisitos, algunos de los cuales encontramos en la segunda lectura: la necesidad de la tribulación por el hecho mismo de vivir entre otros que no son cristianos; la necesidad de ser confortados y animados en la vivencia de la fe y de la vida cristiana; la designación de presbíteros para la buena marcha de la comunidad; la oración y el ayuno, como dos apoyos importantes de la caridad. Implica además la alegría de compartir con otras comunidades, en este caso, con la comunidad de Antioquía, las maravillas obradas por Dios a lo largo del viaje misionero de Pablo y Bernabé por el Sur de la provincia de Asia. Estos aspectos, entre otros, hablan de una Iglesia viva, presente y encarnada en las circunstancias históricas.

La Iglesia en su eterno destino.

De esta Iglesia espléndida y luminosa, en plenitud de perfección divina y humana, nos habla la segunda lectura, tomada del Apocalipsis. El autor imagina a la Iglesia como una ciudad, la nueva Jerusalén, la morada de Dios con los hombres (21,3). Una Iglesia, por ello, visitada y habitada por la felicidad más plena, una Iglesia siempre joven y llena de vida. Una Iglesia franca, sin fronteras, con los brazos abiertos acogiendo a todos. Esta Iglesia, tan hermosa y magnífica en su destino, tiene un reflejo, aunque pálido, en la Iglesia histórica, en las iglesias fundadas por los primeros apóstoles, en las iglesias en que hoy se encarna el amor y la fe de los cristianos.

SUGERENCIAS PASTORALES

El verdadero rostro de la Iglesia.

¿Qué es lo que hace brillar ante los hombres el verdadero rostro de la Iglesia, un rostro bello y atractivo? Indudablemente la caridad. La Iglesia docente es necesaria,

insustituible, e inseparable de la Ecclesia amans, pero a los ojos de los hombres, incluso de los mismos cristianos, no es el rostro más atractivo. La Iglesia que celebra los sacramentos es importantísima, y un modo aptísimo de expresar el amor de la Iglesia a sus hijos en diversas situaciones y circunstancias de la vida, pero tampoco es el rostro que más seduce a los cristianos, menos todavía a los que no lo son (Se sabe la desafección que ha habido y continúa habiendo hacia los sacramentos). Tampoco el rostro más genuino de la Iglesia nos lo ofrecen sus instituciones, a veces tan criticadas -con frecuencia de modo injusto y desleal- por nuestros contemporáneos. El verdadero rostro de la Iglesia nos lo da la Iglesia-Caridad, comunión, la Iglesia que realmente ama y se dedica a comunicar amor mediante todos y cada uno de sus hijos. Todos conocemos el canto que dice: "Donde hay caridad y amor, ahí está Dios", frase que podría parafrasearse de otra manera: "Donde hay caridad y amor, ahí está la Iglesia". Esa caridad que en Dios tiene su manantial y en Dios termina su recorrido de amor por las vidas de los hombres. Dios, alfa y omega de la caridad. Entre estos dos extremos del vocabulario griego, se hallan todas las demás consonantes y vocales con las cuales expresar de todo corazón nuestro amor al prójimo. No desliguemos jamás la caridad de la fe, del dogma, de la liturgia, de las instituciones, pero que el rostro más bello, genuino y verdadero, que cada uno de nosotros ofrezca a la Iglesia, sea el rostro de la caridad verdadera y del amor sincero. Recordemos lo que san Pablo dice en el himno a la caridad: "Si no tengo caridad, nada soy".

Mi parroquia es también la Iglesia.

El fenómeno de la globalización puede ayudarnos a captar mejor la universalidad de la Iglesia y, por consiguiente, de la caridad cristiana. El campanilismo, es decir, ese encerrarse en la propia parroquia, en la propia diócesis, cortando a la mirada cualquier horizonte abierto hacia otras parroquias, otras diócesis, y toda la Iglesia en los diversos continentes, ha de ser rechazado por un corazón auténticamente cristiano. Ciertamente que he de amar y ejercitar la caridad sobre los miembros de mi familia, de mi barrio, de mi parroquia, etc. Pero, ¿no está siendo verdad que el mundo entero está comenzando a ser nuestra parroquia, y, por tanto, el lugar para la expresión de nuestra caridad? Un ejemplo concreto de la globalización del amor lo dieron muchas familias cristianas, y muchas parroquias, de toda Italia, pero especialmente de Roma, durante la Jornada mundial de la juventud, acogiendo a tantos jóvenes venidos de todas partes del mundo. ¿Qué puedo hacer para expresar, desde mi parroquia y en mi parroquia, el amor a toda la Iglesia?